

El secreto de François Mauriac

Guadalupe Loeza

La reciente biografía de François Mauriac, escrita por Jean-Luc Barré, ha devuelto al autor de El desierto del amor al centro de la polémica. Guadalupe Loeza comenta la vida y obra del Premio Nobel a la luz de los nuevos descubrimientos acerca de su homosexualidad: uno de los secretos mejor guardados de la literatura francesa.

“François Mauriac (1885-1970) nació, como todo el mundo, aunque tal vez un poco más que todo el mundo, cargado de cadenas, de ancestros, de tradiciones y de recuerdos”, escribió el crítico Jean d’Ormessond, en *Le Figaro* (5 de marzo de 2009). Mauriac el novelista, Mauriac el crítico incómodo y Mauriac el católico anti-conservador ha vuelto a ser noticia en Francia. Este novelista, que obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1952, pensaba que “las obras mueren en tanto que los hombres permanecen”. Curiosamente, a causa de una biografía aparecida en Francia el año pasado (*François Mauriac. Biographie intime, tome 1, 1885-1940*), escrita por Jean-Luc Barré, Mauriac el hombre ha vuelto a ser centro de debate.

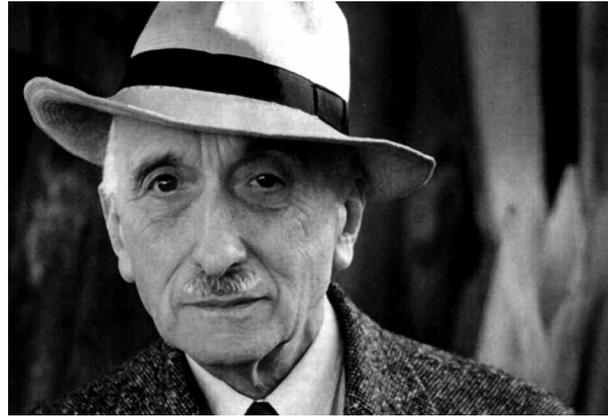
De nuevo, el autor torturado y el novelista del dolor ha vuelto a pasearse por las calles de la polémica. En ellas pasó gran parte de su existencia, cuando participó en el periodismo clandestino durante la ocupación nazi de París y cuando se comprometió con la causa argelina y denunció los abusos del ejército francés. Siempre fue un pensador anticolonialista y un defensor de cau-

sas populares, como lo demuestran sus pronunciamientos contra el gobierno de Franco en España.

Pero la atención que ha recibido este escritor en Francia no tiene nada que ver con sus posturas políticas sino con los aspectos más personales de su vida. En su libro, Barré saca, sí, literalmente saca del clóset a Mauriac y habla de su vida homosexual. Hay que decir que el autor visitó a la familia de su biografiado y revisó su archivo personal, y que finalmente el libro cuenta con la aprobación de Jean, el hijo menor del novelista. “Hasta ahora, nunca nadie había osado abordar la homosexualidad del autor de *Thérèse Desqueyroux*. Era como atentar contra su memoria. Entiendo mal esta hipocresía. Rehúsar la verdad es falsear la imagen del personaje. Siempre se supo que tenía una verdadera pasión por la belleza masculina. Su secretario privado, Eric Ollivier, era un hombre particularmente bien parecido. Después de haber investigado todos estos aspectos acerca de su verdadera personalidad, llegué a la conclusión de que si Mauriac hubiera salido del ‘clóset’, es decir, de su ambigüedad, no se hubiera convertido en el Mauriac que hoy cono-



François Mauriac



mos”, dice Barré. No obstante, llama la atención que muchas personas se hayan molestado con esta investigación biográfica y que piensen que se trata de una falta de respeto contra uno de los escritores católicos más importantes de Francia. Extrañamente, sus “defensores” se han apresurado a comentar que, como buen católico, Mauriac decidió casarse y negar ese aspecto de su vida personal. Nosotros creemos que, justamente a causa de esa represión, “sus cadenas”, como las llama el crítico de *Le Figaro*, le pesaban cada vez más. Como dijera el autor de *Nido de víboras* en una ocasión: “Lo que temo no es ser olvidado después de mi muerte, sino, más bien, que no se me olvide lo suficiente”.

El abuelo de Mauriac era carpintero naval y había tenido un barco; y su padre, un pequeño castillo vinícola a orillas de la Garonne. Ese mundo que conoció tan bien, porque de alguna manera era el suyo, es decir, el de las familias muy reprimidas y muy burguesas de la provincia convencional, es el que retrató en sus magníficas novelas. No obstante, sus primeros libros fueron dos poemarios efusivamente elogiados por André Gide. El joven poeta veía con gran admiración al autor de *Los alimentos terrestres*, y le escribió una carta en la que le decía: “Usted siempre fue para mí esta luz del cielo entre Dios y los alimentos terrestres”. Para entonces, Mauriac ya había contraído matrimonio con Jeanne Lafon, una hermosa joven que lo amaba intensamente. Gide, homosexual asumido, le reprochó a Mauriac haber recurrido a un “compromiso tranquilizador” que le permitía continuar siendo cristiano sin tener que *incendiar* sus libros. Pero con el paso de los años, la relación entre ambos escritores se convirtió en algo muy distinto, pues cuando Gide ganó el Nobel, en 1947, su antiguo admirador escribió, como dice Laura Vaccaro en su libro *Los Premios Nobel de Literatura. Una lectura crítica* (Universidad de Sevilla, 2007): “Gide: corruptor de la juventud, endemoniado. Es necesario que vivamos en una época muy distraída y que ya no capta la consecuencia de los acontecimientos, para que el Premio Nobel acordado a Gide no haya suscitado un movimiento de estupor e incluso de terror”.

En 1927, cuando Mauriac ya era considerado uno de los mejores novelistas de Francia, se enamoró de Bernard Barbey, un joven diplomático suizo. No obstante, a causa de sus sujeciones morales, es probable que Mauriac no se haya atrevido a llegar a una relación íntima, pues como dijo en una de sus novelas: “El arte de vivir consiste en sacrificar una pasión baja a una más alta”. Naturalmente, en su caso, la pasión más baja era el amor por Bernard. Por su parte, Jean, el hijo del novelista, ha declarado a los diarios, acerca de su padre: “*Homo*, cierto; pero *sexual*, lo dudo”.

Hasta ahora no se contaba con un testimonio de primera mano, ya que Barré recurrió para su biografía a las anotaciones autobiográficas. Pero hay que decir que muchas personas sospechaban esta verdad en la vida de Mauriac. Por ejemplo, recordemos la polémica que tuvo en 1953 con el novelista Roger Peyrefitte, el autor de la novela *Las llaves de san Pedro*. Esta novela que aludía a la supuesta homosexualidad de Pío XII hizo que Mauriac se enfureciera. Años después, en 1964, cuando se filmó una película basada en otra novela de Peyrefitte *Las amistades particulares*, basada en las experiencias homosexuales del autor, Mauriac llamó “inmoral” a la cinta. Pero Peyrefitte publicó un texto en el que lo acusó de ocultar su vida homosexual.

Seguramente, a partir de ahora, muchos volverán a los libros de Mauriac con nuevos elementos, pero sobre todo con nuevas interpretaciones. No hay que olvidar que fue un escritor que se manifestaba de forma muy enigmática cuando se refería a las pasiones humanas. Llegó a decir que la autovigilancia sólo era puesta en práctica cuando estaban los otros: “Cuando estamos solos, enloquecemos”. En cuanto a la familia, tenía la siguiente opinión: “Existen unos afectos legítimos: la familia, los amigos, lo comprendo. Pero estos afectos no son el amor”. Desafortunadamente, Mauriac vivió su vida íntima como una tragedia. Luchó siempre por contenerse, por arrepentirse, sin conocer la libertad. Puede decirse que confundió la libertad con el remordimiento, pues como él escribió: “Imposible liberarme del ser al que amo”. **U**